

1975

Texto para una actriz

Por **Sandra Massera**

*El cuerpo pesa, por el agua que tiene, que es mucha.
También por los huesos, que aunque se quemén pesan.
Pesa para bien y para mal, pesa en el amor y en el
embarazo, pesa en la muerte.*

Edda Fabbri. Oblivion. 2007

El espacio escénico es una casa casi vacía, con el suelo cubierto de innumerables trozos de papeles escritos. Dos sillones están cubiertos con una tela blanca. Música. Desde un salón una mujer avanza con un cuaderno y un lápiz en las manos. Tiene puesto un vestido oscuro, de aspecto común. La mujer se detiene, mira a su alrededor.

MUJER

18 de abril ...

*(la fecha deberá ser siempre la del día de la
función) La mujer busca con la mirada una
hoja en blanco, se arrodilla, apoya el
cuaderno en el suelo y escribe en la hoja.*

Montevideo, 18 de abril de 2015. Alberto: hoy fue un día cansador. Sigo vaciando la casa. Estoy ordenando las cartas y los papeles. Tantos papeles... Y entre todo el lío de cosas encontré mi cuaderno de la época que te fuiste.

Mira el cuaderno, que sigue en el suelo.

Era el cuaderno de geografía del liceo, pero me sobraron muchas páginas y empecé a anotar cosas.

Se pone de pie y abre el cuaderno en la última página.

Las anotaciones siguen hasta 1990, cada vez más espaciadas.

Mira a Alberto, como si estuviera allí.

La última es del 25 de diciembre del 90. Ese día escribí que Matías, en el momento del brindis de la noche anterior, a las doce, había preguntado por vos. Simplemente dijo: ¿y el tío Alberto? Ahí tenía tres años. Fue la primera vez que preguntó.

La mujer quiebra el cuerpo en una actitud no cotidiana.

Es el primer cuerpo poético.

Burbujas de gas atrapadas en el fondo de un pantano. Cada recuerdo una burbuja. Explotan de golpe y entran en la conciencia.

El color de los pantalones de aquel hombre en la playa. ¿Por qué no puedo decidir de qué color eran? Lo veo y no lo veo, intermitentemente.

Comienza a avanzar hacia el público, pasa la página del cuaderno. Sigue hablándole a Alberto.

Otra anotación del cuaderno. Principios de diciembre del 84, pocos días antes de que Daniel y yo nos casáramos. Música.

Desliza el cuaderno hacia delante en el suelo, se quita el vestido, se pone zapatos que encuentra entre las cartas y se peina. Debajo tiene otro atuendo, más formal. Toma la actitud de una mujer más joven. Mira desde arriba al cuaderno que sigue en el suelo.

Mirá las cosas que ponía: yo estaba con mi amiga Virginia, la gordita, ¿te acordás?, la que te gustaba en el liceo. Le pedí que me acompañara a elegir el maquillaje para el día del casamiento.

Levanta el cuaderno y lee.

Sábado, 8 de diciembre de 1984. Ayer fui con Virginia a elegir maquillaje para la ceremonia del Civil. Y para todo, porque en realidad me caso solo por civil, Alberto, te podrás imaginar.

Mira a Alberto

Estábamos en una tienda de Dieciocho y Minas y yo estaba eligiendo lápiz de labios para el casamiento. Ninguno me conformaba. Me puse a pensar en combinar más de uno. Estaba muy concentrada en eso cuando comienza a oírse un ruido atronador de camiones que pasaban por Dieciocho llenos de gente gritando. La vendedora, una mujer joven, comentó: "se va a poner difícil la cosa si no los liberan ya". Y Virginia, contagiada de fervor político, me increpó impaciente: "¿y...no te decidiste?". La quedé mirando desconcertada. "No sé cuál llevar, ayudame a elegir". "Ay no sé, llevá cualquiera". Y me miró con reprobación. Me sentí muy estúpida. Yo eligiendo lápiz de labios mientras seguían pasando cosas ahí afuera.

Mira el cuaderno.

Claro, justo en ese momento... La mirada de Virginia me estaba diciendo eso. Justo yo, no debería... justo yo. Estar perdiendo el tiempo en algo tan banal, tan nada de nada como un lápiz de labios. Me sentí culpable, otra vez. Pero también tuve rabia.

Se mancha el dedo con pintura roja del cuaderno. Mira a Alberto.

Tenía derecho, después de todo. Tenía derecho a un instante de frivolidad, a un momento de coquetería irresponsable. Tenía derecho.

Se pinta los labios. Muestra su cara. Un instante después se acurruca en un rincón y lee en susurros, como para sí misma

Marzo de 1983, martes, creo. Estoy triste. Vuelvo a acordarme de ti, Alberto, y de la noche de Reyes, aquella tan lejana ¿te acordás? Cuando tuve tanto miedo y te pregunté

si habías sentido a los camellos comer y tomar lo que había dejado mamá en el piso?
 ¿Por qué recuerdo tanto aquella noche? No sé... los recuerdos tienen sus caprichos,
 Alberto. Te quiero, Teresa. ¡Dos y dos son cuatro, cuatro y dos son seis, seis y dos son
 ocho y ocho dieciséis, y ocho veinticuatro y ocho treinta y ...

Se recupera, busca otra página, mira a Alberto.

Otra carta, o como quieras llamarle, más temprana todavía, de abril del 81.

Se pone de pie y busca un sillón mientras cuenta.

Una noche difícil. Fue en esos días en que papá agonizaba. Nunca les conté. Una tarde
 se quedó solo conmigo. Cuando uno imagina la agonía de alguien se le representa una
 cama, el llamado lecho de muerte, y las tan repetidas escenas de las películas en las que
 el enfermo extiende su mano a alguien y le hace prometer algo, le pide perdón por algo
 o le revela un secreto terrible.

Pero eso es en las películas. Papá no estaba en una cama ni me pidió nada, ni me hizo
 prometer nada. Estábamos sentados uno frente al otro, justo aquí. Anochecía.

Estuvimos charlando mucho tiempo de banalidades, como para engañar al tiempo y
 hacernos los zonzos con la muerte. El estaba con su camisa celeste y los pantalones de
 vestir grises de siempre.

Mira el sillón vacío de al lado.

Parecía el de siempre, sólo que un poco más delgado. Hubo un momento en que los dos
 hicimos silencio. Ninguno se preocupó de tratar de llenar ese silencio, que se instaló
 suavemente entre nosotros, como posándose entre los dos sillones. De pronto él me
 miró y por primera vez en su vida... por primera vez, Alberto, le oí decir: "tengo miedo".
 Nos miramos otra vez en silencio. No recuerdo otro momento en el que hubiéramos
 estado tan unidos. Sólo pude decirle: "todos tenemos miedo, papá".

Parece tocar las manos del padre

Y los dos supimos que ese miedo que nos confesamos no era porque se acercaba su
 muerte.

Abre el cuaderno y lee en susurros, encogiendo el cuerpo:

11 de abril de 1981. Ayer pasó algo... Sabés que papá está muy enfermo, Alberto. Lo que más me duele es que no pueda verte, ni vos a él. Pero te tiene siempre en la mente. ¿Sabés qué me dijo? Me dijo: "Tengo miedo". Pero los dos supimos que no era por morirse el miedo. Era por vos, por mamá, por mí, por todos, por esta familia rota, por...

Se interrumpe, se levanta. Foto no cotidiana detrás del sillón.

¿Por qué papá no dijo nada en ese momento? ¿Hubiera sido mejor que dijera algo para que todo resultara más concreto y razonable? Pero claro, no había nada concreto. Mucho menos razonable. Música.

Va hacia los sillones. Posa para fotos imaginarias.

Las imágenes se nos escapan como humo. Cada día que pasa los recuerdos se deslizan hacia una especie de niebla fría. El álbum de fotos, por ejemplo, parecía una parodia de la realidad. No quisimos volver a mirarlo. Papá no volvió a mirarlo nunca.

Se da vuelta, gira sobre sí misma. Música. Camina para atrás mientras habla.

16 de agosto de mil novecientos setenta y...

¡Otra vez!

Quiebre de actitud. Murmura enojada mientras se mira una uña quebrada, llega a la baranda de la escalera, apoya allí el cuaderno, y se va quitando el segundo atuendo hasta quedar con el tercer vestuario, de jovencita de 17 años.

Ahora no me puedo volver a pintar. Siempre lo mismo, cada vez que me tengo que ir, ah... me manché toda. ¡Qué genial!... el agua Jane se la voy hacer usar a él la próxima a

ver qué hace si le queda un manchitita así... otra vez voy a llegar tarde... las chiquilinas me van a matar...

Mira enojada hacia arriba y grita en dirección al dormitorio de Alberto.

¡Alberto! ¿viste como dejaste la cocina? ¡La próxima limpiás vos, mijito! Ya estaba vestida para salir... ¡Sabés que la manija se zafa!... Ah... ¿y querés que cuando vuelvan se encuentren con el charco en el piso? ¡Me voy, cerrá vos!

Va hacia la escalera de salida pero se detiene de golpe, de espaldas al público, gira la cabeza y habla. Lentamente va a ir girando el cuerpo de nuevo hacia el público.

Sueño todas las noches el mismo sueño. Pero no es exactamente el mismo. Eso creo cuando estoy soñando. Cuando despierto recuerdo todo perfectamente y me doy cuenta de que cada vez hay algo distinto. Algunas veces el hombre tiene los pantalones oscuros, aunque nunca puedo definir exactamente el color, otras veces está desnudo. Yo lo veo desde una duna desmesuradamente alta. Estoy con Daniel. Pero la otra noche soñé que estaba sola y que no era el amanecer sino la puesta de sol. Lo supe porque el sol estaba a la misma altura, pero del otro lado del horizonte. Eso me pareció un buen augurio. Lo confirmé cuando extendí una pierna para dar un paso hacia la orilla del mar y enseguida llegué, como si la duna no fuera más que un puñado de arena que yo podía atravesar con mis botas de siete leguas. El estaba completamente vestido y seco, sin las repugnantes algas, acostado de espaldas a la duna.

Entra en fade una música suave y amenazante.

Parecía haberse quedado dormido mirando el mar. Seguí acercándome, pero cuando estaba a punto de llamarlo, un tirón de angustia me detuvo: ví que tenía una mano apoyada sobre la arena en una postura imposible. Aún así intenté llamarlo pero no me salía la voz.

Gesticula el nombre de Alberto en una mueca muda.

Estaba dando alaridos que rebotaban adentro de mi cráneo. Lo único que podía hacer era seguir avanzando hacia él. Ya estaba a dos o tres pasos cuando lo que ví me alcanzó para darme cuenta, con la certeza de un fogonazo explotando en mi cerebro, que la situación era la misma de siempre. Con la garganta dolorida y temblando de frío, desperté.

Se detiene la música abruptamente.

Un instante de quietud, luego va hacia el cuaderno, se sienta en la escalera y escribe.

16 de agosto de 1978. Alberto, anoche soñé con vos. Era un sueño extraño, pero sé que eras vos. No te ví la cara, nunca te veo la cara cuando sueño contigo, por más que me esfuerzo.

Arranca una hoja del cuaderno, le pinta unas cuencas negras a modo de ojos y la coloca sobre su cara, modelando una máscara. Respira agitadamente por la boca y luego rompe el papel en la parte de la boca y habla.

¿Por qué no te sueño con rostro? ¿Sos anónimo ahora? ¿Te borró la cara el mar?
¿Tendré que aceptar que un mar desconocido, unas algas de porquería te borraron la cara?

Se quita la máscara de la cara, la mira frente a frente y le habla:

Pero no es justo que tu cara no se me aparezca a mí en los sueños. En los recuerdos casi tampoco. Para verte tengo que ir a las fotos, pero hasta las fotos están borrosas y desleídas, y se están poniendo verdosas o rojizas.

Teresa baja el brazo que sostenía la máscara de papel, en un balanceo casi imperceptible, como un péndulo inconsciente.

Invierno del 76. Hoy papá trajo leña y prendió la estufa. Mamá todavía no llegó. Ahora casi nunca está en casa. Prefiere aturdirse todo el día en el cine con las amigas. No hablo más con nadie y por supuesto dejé de ir a las reuniones. Estoy harta de las discusiones y las preguntas.

Empieza a arrugar la máscara poco a poco en su mano.

Y sobre todo tengo miedo. Vinieron a la Facultad a preguntar.

Se prende una luz como de interrogatorio.

Vos sabés que tenés que avisar si se contacta ¿no?

Mira a la máscara arrugada, deja que el bollo que formó se expanda. Enseguida avanza como andando sobre una cuerda floja, haciendo equilibrio.

No sé de qué me hablan.

Se interrumpe y gira bruscamente la cabeza hacia el público.

Vos quedate molde y nos avisás lo que sepas ¿entendés? Sí.

Otra foto, mirando hacia el suelo

¿Pero entendés entendés no? Lo mejor que podés hacer es venir y nos decís ¿estamos?

Sí, claro.

Otra foto, estirando la cabeza hacia atrás

Y ni una palabra a tus viejos ¿oíste? ¡No! ¡Sí!

Recorre el corredor de luz intentando quitar el rostro de la luz y como si una fuerza invisible lo quisiera volver a la luz. Música amenazante.

De pronto se detiene y gira el cuerpo

Jamás llegó una sola noticia de Buenos Aires. Abuela te buscó como loca. Preguntó a todo el mundo.

Abre la mano que sostenía la máscara y la deja caer al suelo

Abril del 75, 1975. Me preguntan.

Comienza a recorrer un pasillo de la casa.

No sé por qué me preguntan a mí. En casa no quedó nada. Te llevaste todo. No encontraron nada. A papá lo estuvieron interrogando un día entero. Pobre papá, qué iba a decir él...

Habrán pensado que porque es escritor tendría que saber. Es peligroso ser escritor, dice papá. Suena peligroso. El escritor piensa. Yo no creo eso.

Yo no escribo más que notas en mi cuaderno de geografía pero igual pienso.

Pienso mucho, pienso día y noche. Me encerré en mi cuarto y pasé tres días sin salir.

Pensando. Qué iba a decir. Qué iba a hacer.

Le escribimos varias cartas a la abuela y nos contestó que todavía no sabía nada de vos.

Que no iba a parar de buscarte. Ya hace un mes que te fuiste. No nos animamos a volver a llamarla.

Se detiene de golpe.

Marzo, 13 de marzo. Ese mismo año 1975. Escribí esa página, sabés, creo que para ahuyentar el miedo. Escribí sobre algo que ví, con mis palabras de aquel momento.

Mientras habla, recoge hojas de cartas del suelo y comienza a romperlas lentamente y a enredarlas en sus manos.

Habían pasado diez días desde que te habías tomado el barco. No había celulares. En esa época diez días no eran gran motivo de alarma, pero yo me acuerdo que me sentía rara. Además, era la primera vez que Daniel y yo nos íbamos juntos. Habíamos instalado una carpa en un bosque de La Floresta, casi en la playa. Esa mañana salimos a caminar muy temprano. Hacía frío. Ibamos abrazados. De golpe, a la vuelta de un médano vimos un cadáver en la orilla. Lo vimos desde lejos rodar empujado por las olas. Quedamos petrificados, a unos veinte metros de esa cosa. Era un hombre y tenía pantalones oscuros. Estaba muy hinchado, y lo más horrible de todo era que no parecía tener cara. Era como un muñeco inflable sin cara. Le salían largas ristras de algas y basura de las manos y los pies. Parecían las cuerdas que un titiritero perverso le hubiera atado en el momento de morir. Cuerdas que se soltaron de la parrilla del escenario de la muerte, el escenario del último día. La explosión provocada por el reventón lo trajo hasta nosotros remontando el mar y ahora esas cuerdas viboreaban por la arena mojada convertidas en porquería salada. La imagen atroz de una hipertrofiada marioneta de hilos. Eso lo pienso ahora, claro. La imagen la fui armando en mi mente mucho después. Un cuerpo de color no humano, un muñeco enorme mezclado con la niebla y el vapor gris del agua. Enseguida llegaron dos policías. No nos vieron. O no les importó que dos chiquilines miraran eso con cara de pánico. Uno de ellos se fue de inmediato. El otro infeliz se quedó custodiando al muerto, reteniéndolo con un palo para que no lo arrastrara la corriente. Nos fuimos corriendo.

Al otro día la prensa daba la noticia de otro cuerpo no identificado y con signos de violencia aparecido en la costa del Departamento de Canelones. La anotación del cuaderno termina de golpe: "están encontrando cada dos por tres un muerto en la playa. No se sabe quiénes son. Alberto: hace dos días que mamá no duerme. Escribí pronto".

Sube la escalera con ímpetu mientras habla.

Solo a mí se me ocurre irme con Daniel a acampar, justo en ese momento. Pero era la única manera de escapar, de no ver la desesperación de papá, la locura de mamá.

Comienza a pasearse inquieta

En tu casa no lo podemos hacer, dijo Daniel. En la mía menos. Mi vieja está siempre entrando y saliendo del cuarto. Vámonos a una playa, tengo una carpa chica. Pero si vuelve justo ahora, le dije. Si llega, mejor, cuando vuelvas te enterás. ¿hasta cuándo vamos a esperar?

Se detiene

Tenés razón.

Se detiene en el borde de un escalón.

Yo tengo derecho, pensé. Los otros que hagan lo que quieran. Este es el momento de irme con Daniel, no me voy a sentir culpable, no tengo la culpa de nada. Quiero acostarme con Daniel, en una carpa de lona sin piso.

Ponemos otra lona en el suelo sobre la arena y unas camperas y digo que me voy con Alicia a La Paloma y mentira le aviso para que no me descubra aunque sea dos o tres días llevo algodón por las dudas y ya empecé hace un mes con las pastillas como me dijo la ginecóloga así que está todo bien tengo derecho no se van a enterar son cosas más una garrafita chica para calentar la leche, café, azúcar, fideos y arroz, cuarenta pesos y quince Daniel pobre ahorró dos meses para los pasajes nos encontramos en el Control tomamos el que diga Atlántida y después hacemos dedo es cerca no pesa nada la carpa vos llevás el sobre de dormir cabemos los dos vas a ver qué divino si me preguntan a mí digo que voy a lo del Lole que los padres se fueron de viaje y todo va a salir genial ya tengo los horarios sale uno tres menos cuarto y el siguiente a las cinco por si lo perdemos pero mejor no llegar de noche para armar la carpa anunciaron que va a estar lindo lluvias solo en el litoral no boluda esto es el este vamos al este va a estar tranquilo fuera de temporada.

Pausa

¡Claro! ¡antes que empiecen las clases! Música de rock de la época

No me presento a matemáticas que me importa y vos te reunís a la vuelta que estudien solas igual siempre sos vos la que consigue los apuntes vas a ver va a ser perfecto es ahora o nunca mi amor, después no, para qué esperar quien te metió en la cabeza eso de esperar dale si vos también querés te imaginás tres días solos, nos olvidamos de todo, de todo de todo de todo de todo...

Se vuelca sobre el balcón, la música se detiene de golpe.

Pausa.

y cuando vuelvas, va a estar tu hermano.

Pausa. Se incorpora y comienza a subir la escalera como si estuviera viendo a Alberto

Febrero de 1975. Hoy entré al cuarto de Alberto para hacerle una consulta de química y me preguntó si me gustaba Daniel. Qué te importa, le dije, son cosas mías. Ta bueno, me cae bien el loco che era por saber no más. Metete en lo tuyo... qué hacés por qué guardás todo eso. Me voy, me dijo. Adónde. A lo de la abue, a Buenos Aires. Por qué. No te preocupes, cuanto menos sepas mejor. Cuánto menos sepa de qué. Nada vos sos chica no te metas que es mejor para todos. Que te recontra no soy nada chica a mí me decís. ¿Es por eso de la militancia no? ¿Cuánto tiempo te vas? Poco, quedate tranquila. No me vas a dejar sola con mamá y papá decime bien cuánto tiempo te vas y cuándo venís. Sos boba cómo te voy a dejar sola con esos monstruos peludos. Tarado te digo en serio te metiste hasta la manija papá me contó ahora te querés ir pero igual te pueden encontrar allá. Vuelvo pronto cuando la cosa se tranquilice te lo juro. Jurame. Ya te dije boba. Jurame de nuevo, pensando que estás jurando. Te lo juro. Llevate más ropa que no te va a dar para nada. No quiero cargar me compro allá. Llevate esos pantalones azul oscuro que te quedan bien. Gracias che un piropo por fin. Tenés razón, me los llevo. Y algún short. ¿Cómo los tuyos? Estos no son shorts, nenito. Son hot pants. Ah... perdón... Y la gorra. Y los lentes de sol, fundamental. Cuidame los long play. Escondelos, mejor.

Escribí cuando llegues, si podés. Si puedo. Y ustedes con Daniel si hacen algo cuidensé eh? No sean locos que son unos gurises.

Fue su consejo de adulto, primero y último. Nos abrazamos. Me dio un poco de vergüenza.

Teresa toma el cuaderno y se acuesta, tapándose hasta la mitad de la cara con él como si fuera una sábana

La última vez que nos habíamos abrazado fuerte creo que fue una noche de Reyes cuando éramos chicos. Le habíamos pedido a mamá para dormir acá. Yo tenía tanto miedo que los Reyes llegaran y me encontraran despierta y se fueran y no me dejaran nada que temblaba bajo las sábanas. ¿Estás despierto, Alberto? ¡Alberto! Qué querés me despertaste. No me puedo dormir creo que tengo fiebre, estoy transpirando y no me animo a destaparme por si vienen los Reyes. Destapate y dormite, si vienen van a estar ocupados dejando los regalos y comiendo la fruta seca que mamá les puso. ¿Viste si todavía está la fruta seca y el agua para los camellos? Capaz que ya vinieron. No no vinieron los hubiéramos escuchado. Si dijiste que estabas dormido. Pero vos no. Abrazame vení. Tas loca vení vos. No me animo a salir de las sábanas. Te voy a matar esperá que ya voy. Y vino haciéndose el enojado pero me di cuenta que le contagié el miedo y me abrazó y se quedó dormido y al rato como me molestaba lo dejé tirado en mi cama y me fui para la de él y me dormí enseguida.

Teresa lee cartas. Música suave mientras Teresa va dejando caer las cartas como pájaros por el aire.

Alberto: hoy cuando nos despedimos me quedé nerviosa. Ya le escribí a la abuela ¡perdoname! Eso me tranquilizó. Le puse: Abuelita: ¿Cómo están todos? Hoy Alberto se tomó el vapor. Llega a Buenos Aires esta noche. Él no quería que te escribiera. No le digas. Muchos besos, Teresa.

Abuela: ¿cómo llegó Alberto? Decile que a la vuelta me traiga los bombones de menta y anís 8 Hermanos para mamá. ¡Que no se olvide!

Abue: en cuanto sepan algo manden noticias. Desde que llamó el tío Luis papaá quiere ir para allá pero mamá no quiere que se vaya él también. Igual va a ir. Cariños a todos.

Abuelita querida, ¿cómo siguen todos por allí? Aquí todos bien. A mamá le dieron el alta y ya está en casa. Gracias por todo lo que estás haciendo. Y al tío. No hay que perder las esperanzas. Contame cosas de las otras abuelas. Quiero saber. Abrazos, Teresa.

Abuelita, sigo con Daniel, claro. Pero todavía no nos vamos a casar. Papá y mamá quieren que termine de estudiar. Y como están las cosas, no los puedo contradecir. Acá cada vez que suena el timbre nos sobresaltamos. Todavía pensamos que podría ser él...

Querida abue, ¿Cómo estás? ¿el tío y los primos? Sabés... ¡mepecé a trabajar! Tengo que ir vestida formal y eso me revienta un poco... ¡si me vieras!

¡Me recibí, abuela! Geografía Humana. Es lo que enseñó en Humanidades. Ayer Matías empezó la escuela.

Teresa se pone el vestido de los 30 años.

No sé por qué no seguí anotando cosas después de aquel día de la pregunta de Matías en Nochebuena.

¿Porque al final me dí por vencida y me convencí de que no vas a volver? ¿o porque se me terminó el cuaderno? ¿y por qué te estoy escribiendo ahora? Cuando recién te fuiste te mandé muchas cartas. Hice muchas cosas para encontrarte. Cuando supimos que nunca llegaste a lo de la abuela, igual te seguí mandando noticias, por si acaso. Y lo sigo haciendo todavía, cada tanto. Pero ya no mando las cartas. Las guardo para mí.

Si te escribo tengo la sensación de que te pudiera ver, aunque el recuerdo se me aparece cada vez más borroso. Ni siquiera mirando fotos puedo reconstruir tu expresión. Mucho menos tu voz. El año pasado me encontré con un amigo tuyo de la facultad. Me dijo que estaba casi seguro de que te había visto, bajando del metro en una estación de Lyon. ¿Qué va a estar haciendo Alberto en Francia le dije, estás seguro? No sé, pero me pareció que era él, estaba con un chiquilín de la mano. Varias veces ya

me pasó. Me llaman y me dicen que te vieron. Yo les pregunto si están seguros, y siempre contestan lo mismo. No sé pero me pareció que era él...

Avanza hacia donde están los zapatos rojos y forma con su cuerpo un nuevo paso. Música suave.

Abu querida. Espero estés mejor. La semana que viene voy a ir a verte. El divorcio bien por suerte. Daniel lo tomó muy bien, quedate tranquila.

Comienza a cambiar su vestuario al de 50 años.

¿Cómo estás abuela? Sabés que estoy pensando en vender la casa. Ahora que Matías se independizó y que mamá ya no está... ¡Quien te diga que no me vaya a vivir allá! Muchos besos a todos.

Termina de peinarse, se pone los zapatos negros.

Recoge del suelo la máscara que representa a Alberto.

¿Te acordás una vez cuando mamá pensó que estaba embarazada? Otro hermano, dijimos.

Vuelve al cuaderno y arranca una hoja vacía. Mira al público con una hoja en cada mano, como posando para una foto con los dos hermanos.

Ahora vamos a ser tres. Pero fue falsa alarma. Nunca vino ese otro hermano. No sé si son los chinos que dicen que los seres aún no concebidos están en la misma condición que los muertos. Antes y después de la vida estamos muertos. La muerte nos contiene en ambos extremos de ese hilo de la vida. Si lo pensamos, el dolor por lo que nunca fue también puede ser desgarrador, a su manera.

Mira la hoja que representa al hermano no nacido

De una manera distinta, Alberto. Es raro de explicar.

Mira la máscara de Alberto. Luego va a recoger el cuaderno y mira la silla vacía del padre

Papá no me pidió nada ni me hizo prometer nada antes de morir. En cambio me dijo algo que me sigue dando vueltas en la cabeza. Me dijo: "Teresa, probablemente no vamos a ver más a Alberto. Eso no quiere decir que él no tenga la posibilidad de seguir aquí con nosotros".

Comienza a alejarse, pero se detiene un momento

Lo que me sigue molestando, lo que hasta ahora no me deja dormir tranquila, es ese persistente recuerdo del ahogado sin cara, de pantalones de un color... no sé qué... rodando por la orilla del mar aquella madrugada.

*La luz baja suavemente mientras la mujer desaparece
perdiéndose en la penumbra. Se oye una música
melancólica.*

Se va completamente la luz.